

na probabilidad del triunfo, pues por más valor que tuviera y por más vehemente que fuera su carácter, debía de comprender que treinta hombres desorganizados y sin instrucción militar, no eran suficientes para tomar el Palacio defendido por una fuerza seis ó siete veces mayor que la suya y que sí tenía esa instrucción.

Cruz Aedo, el doctor Molina y los treinta hombres, marcharon á la deshilada por la calle de Palacio que termina en la tapia del convento de San Francisco hasta la esquina de la cárcel, donde había un cañón custodiado por un centinela; pretendieron apoderarse de él cuando el centinela que los vió llegar, dió la voz de alarma; la tropa de Palacio salió á los balcones á hacer fuego y la pequeña columna quedó desorganizada y con algunas bajas, entre ellas el doctor Molina, que cayó herido, y sin que nadie lo persiguiera se retiró hasta el punto de su partida, donde ya se juzgó seguro.

Por el relato de esa escaramuza, se verá cuán ridícula fué la tentativa de Cruz Aedo: treinta y dos hombres no pudieron apoderarse de un cañón custodiado por un solo centinela y se retiraron hasta su cuartel sin que nadie los persiguiese y sin que hubiera habido necesidad de que los de Palacio hicieran una salida. Pero en el relato de esa escaramuza, hay una circunstancia que contribuye á demostrar la imprudencia de Cruz Aedo y á corroborar la idea ya emitida de que obró con la conciencia de que había un armisticio: cuando

hay hostilidades, no se deja un cañón con un centinela ni los curiosos pululan por las calles como pululaban, sino que se ponen en seguro. Estas circunstancias, unidas al silencio que había por la suspensión del fuego, hubieran debido acabar de convencer á Cruz Aedo de que había un armisticio y hacerlo desistir de su ridícula tentativa de asalto.

IV

A la voz de alarma dada por el centinela de la esquina y á los primeros tiros, los que estaban en Palacio creyeron que se les traicionaba y que lo del armisticio no era más de un pretexto para atacarlos cuando estuvieran más descuidados esperando el resultado de las conferencias de San Agustín.

En el primer momento de la sorpresa, el capitán D. Filomeno Bravo y el oficial Peraza, que mandaba la guardia, hicieron entrar á ésta, que constaba de unos veinte hombres, á la pieza donde estaban los prisioneros. Esa pieza se comunicaba con otras dos más pequeñas, situadas á ambos lados, por otras tantas puertas: en ellas se refugiaron la mayor parte de las personas que acompañaban á Juárez á ver entrar la guardia: este mismo también se retiró hasta quedar en el hueco de una de las puertas, dando el frente á los que entraban. (1)

1 Don Guillermo Prieto (*Historia*, página 660, edición de 1886), dice: "Juárez estaba en la puerta del cuarto como una estatua," por su parte, el Sr. Vigil afirma "que ni se

Entrados los soldados á la pieza, el Capitán Bravo, á creer lo que dice el señor Vigil, los formó frente al Presidente y dió la voz de fuego; también Don Guillermo Prieto asegura que el capitán dió las voces de mando para hacer fuego y continúa de este modo: "á esa palabra (la de *fuego*,) Guillermo Prieto cubrió con su cuerpo á Juárez y gritó á los soldados: "¡Levanten esas armas; los valientes no asesinan!" y siguió hablando con suma vehemencia hasta contener á la tropa, reducirla y convertirla en su defensa . . . apaciguándola con trabajo los oficiales ya mencionados. . . El Sr. Vigil da cuenta de ese episodio de esta manera: "En aquel momento (á la voz de *fuego*,) D. Guillermo Prieto se presentó ante las bocas de los fusiles y como por inspiración repentina dirigió algunas sentidas palabras á los soldados, diciéndoles que los del 5° habían sido siempre y en todas partes, valientes, y que nunca serían asesinos. Los soldados entonces sin aguardar otra orden, echaron sus armas al hombro y se quedaron impasibles. En tales momentos entró Landa."

Don Anastasio Zerecero en la biografía de Juárez que escribió por los años de 1866 á 1867, dice

movió del puesto que ocupaba;" á menos que al penetrar la guardia Juárez entrara ó saliera del cuarto, es como se pueden conciliar estas dos afirmaciones; por lo demás, aunque no se tenga miedo, en un momento crítico, un movimiento nervioso puede hacer que un individuo cambie de lugar y busque un refugio, aunque sea momentáneo, en otra parte; sin embargo, el Sr. Vigil conviene en que "el Presidente estaba de pie, apoyando su mano en el picaporte de una puerta que conducía del salón á otra pieza." Acaso pensó echar el picaporte, pero la reflexión lo hizo detenerse y esperar inmóvil á los que entraban.

ocupándose de este episodio, que el oficial Peraza mandó formar á sus soldados, preparar los fusiles y apuntar al grupo de prisioneros, agregando en seguida: "Los soldados, ó porque aquel acto (el del fusilamiento) les pareciera horrible é inhumano, ó por que los disuadiera D. Guillermo Prieto, que en lo más serio del peligro les dirigió una alocución *ó lo que es más probable*, porque pareciera á Peraza que la mejor garantía para salvarse en todo caso, era conservar la de aquellos presos, no llegaron á hacer fuego, y se salieron de la pieza principal, permaneciendo formados en el corredor hasta que Cruz Aedo se retiró de la plaza. . . ." "La seguridad de los amotinados fué sin duda la única razón que impidió el que Juárez y los principales de sus compañeros fueran sacrificados entonces."

Con los elementos que nos proporcionan estas tres personas, creemos que se puede intentar encontrar la verdad de lo que pasó en ese momento: á juicio nuestro, la descabellada idea de Cruz Aedo de atacar el palacio, sorprendió al capitán Bravo y al oficial Pedraza, que mandaban la guardia y los hizo dirigirse rápidamente con algunos soldados de ella (pues no habían de desguarnecer todos los puntos para llevarse consigo á toda la guardia) al salón donde estaban los presos.

Juzgar de las intenciones de esos oficiales, es difícil. Puede ser que se refugiasen en el salón con animo de que los presos les sirviesen de égi-da en el caso de que Aedo triunfase, puede también que tuviesen intenciones en el primer mo-

mento de pánico de fusilar á aquéllos; esto último parece lo más probable.

De todos modos, el hecho fué que según Prieto Bravo mandó preparar, apuntar y hacer fuego sobre Don Benito Juárez y los demás; según Zerecero, fué Peraza el que dió la orden de apuntar. Aunque parezca una nimiedad, hacemos alto en esta divergencia de datos, pues ella tiene para nosotros interés por lo que vamos á decir: si la orden hubiera partido de Bravo, que era el jefe más caracterizado que en ese momento se encontraba en el salón, nos parece muy probable que los soldados hubieran hecho fuego á pesar de la peroración de Prieto; no así si la orden la dió Peraza, pues los soldados para obedecer, esperaron á que la ratificara el superior de éste que allí estaba.

Para nosotros, pues, es más verídica la relación de Zerecero que dice que Peraza mandó formar su tropa; no llegó á dar la voz de fuego, esperando seguramente que la diera Don Fitomeno Bravo; pero éste, pasado el primer momento de pánico, vaciló en llevar á cabo esa hecatombe y no quiso mandar el fuego: de esa vacilación se aprovechó Don Guillermo Prieto para pronunciar las palabras que antes hemos visto. Sin embargo, si Bravo hubiera insistido en dar la voz de fuego, á pesar de todos los discursos de Prieto, los presos por desgracia hubieran sido sacrificados. La llegada oportuna de Landa, uno ó dos minutos después de la entrada de la fuerza, pues todo pasó en breve espacio de tiempo, acabó de poner fin

al incidente y sirvió para evitar totalmente la consumación de la horrible hecatombe.

La actitud de Don Guillermo Prieto en aquellos criticos momentos, es, sin embargo, digna de elogio, pues denota que más que su vida (que por su actitud pudo haber puesto en peligro, pues los fusiles no estaban dirigidos á él sino á Juárez,) apreciaba la de sus compañeros y que se empeñaba en salvarlos; pero en realidad, á quien debieron la vida fué al coronel Landa, que con su presencia impuso á los soldados, impidió que se diese la voz de fuego é hizo que se retirara la guardia al corredor.

Y es tanto más meritoria la conducta de Landa, cuanto que él también creía (y ya hemos visto que estaba autorizado para creerlo) que había una violencia del armisticio é ignoraba si los treinta hombres de Cruz Aedo atacaban al palacio ó lo hacían todas las fuerzas juaristas que había en Guadalajara. Y no sólo en ese momento salvó la vida á Juárez y á sus ministros, sino que, según dice el Sr. Vigil, desde el día anterior, "dentro de palacio se multiplicaban las instancias para que se fusilara á Juárez y á sus ministros y aunque Landa, á pesar de su debilidad, *resistió siempre á tales exigencias*, no pudo evitar que fuesen ultrajados de la manera más villana por los soldados y presidiarios ébrios."

Landa, pues, cumplió siempre con su deber de soldado y no se dejó arrebatar de la pasión, estando presente para evitar una dolorosa hecatombe que con justicia habría sido reprobada por to-

da la Nación; únicamente las preocupaciones de partido y el olvido de los sucesos son los que quieren atribuir todo el mérito de la salvación de los presos á Don Guillermo Prieto, quien, como nos complacemos en repetirlo, se portó admirablemente. Hay que dar á cada uno lo suyo y deschar por completo aquello que no cuadra con la verdad histórica: en ese momento no nubo nada de que la tropa se convirtiera en defensora de los presos ó de que los soldados desoyendo la voz de su jefe se echaran el arma al brazo y permanecieran impasibles; no hubo tal voz y sí sucedió que encontrándose Landa en el palacio ocurriera violentamente al lugar donde se oía el ruido que hacían los soldados al marchar y los oficiales al dar sus órdenes, ya para enterarse él de lo que sucedía, ya para evitar lo que, es muy probable que se imaginára, iba á hacer la guardia.

En cuanto á los oficiales Bravo y Peraza, sólo se disculpa, muy difícilmente por cierto, su acción con el temor que les causó la probabilidad de que el palacio fuera asaltado; pero puede creerse, sin embargo, que su intención sólo fuera estacionarse en la pieza donde estaban los presos para que éstos les sirviesen de rehenes si acaso el asalto de los constitucionalistas daba resultado, y alcanzar por este medio una capitulación que dejase en salvo cuando menos las vidas de esos oficiales y de sus soldados. La opinión del Sr. Zerecero en este punto es muy admisible, y más si se tiene en cuenta que este señor escuchó las impresiones de varios de los presos en Guadalajara y pudo juzgar por

ellas de los sucesos que tuvieron lugar, y escribir su biografía, la cual difiere al relatar los sucesos de aquella ciudad, de lo que escribieron al cabo de muchos años los señores Prieto y Vigil, el uno que, aunque testigo presencial, tergiversa todos los acontecimientos ó los relata con poca fidelidad; y el otro que para escribir su obra consultó las de escritores de su partido y acogió lo que ellos dijeron, aunque muchas veces no se ajustase á la verdad, como hemos visto que hizo el señor Pérez Verdía al querer disculpar la descabellada intentona de Don Miguel Cruz Aedo; ó aunque incurriesen en contradicciones como la que en el capítulo anterior señalamos.

Por último, debemos observar, no obstante la pena que nos causa contradecir á cada momento al Sr. Prieto, que Don Pantaleón Moret no estaba en palacio ni tomó parte en ninguno de los sucesos relatados antes; pues como recordarán nuestros lectores, había salido de aquel edificio en compañía del general Núñez para estipular con los juaristas que ocupaban á San Agustín, las bases de un arreglo entre los partidos contendientes.

V

Retirada la guardia que invadió las habitaciones donde estaban los presos, Landa tuvo una breve conferencia con Juárez y sus ministros, y despues de algunas explicaciones, como dice el Sr. Vigil, «pues era evidente que el primer magistrado no podía tener conocimiento de lo que

pasaba [afuera] Landa se dió por satisfecho.» Además, la fuga que emprendieron Cruz Aedo y sus hombres después de las descargas que les hicieron desde los balcones, acabó de tranquilizar los ánimos de todos y hacerles ver que sólo se trataba de una intentona aislada. «Volvióse entonces todo el enojo contra Don José Fernández que había quedado como fiador del general Núñez; pero éste mandó tocar otra vez parlamento en San Agustín, *se repitieron órdenes al punto de San Francisco para que se respetara la suspensión de hostilidades*, y regresó á palacio para dar cuenta de su comisión y satisfacciones por la conducta de Cruz Aedo.»

La tarde del 14 y la mañana del 15 se pasaron en fijar las bases del convenio, mediante el cual Landa abandonaría la ciudad de Guadalajara y quedarían en libertad Juárez y sus ministros. Entretanto las fuerzas de Parrodi caminaban lentamente debido al estado de desaliento en que habían caído después de la derrota de Salamanca y las de Miramon tampoco se daban mucha prisa para marchar, máxime cuando este jefe recibió orden de Osollo de detenerse en Lagos: «esto explica por qué á pesar de ser relativamente corta la distancia entre Salamanca y Guadalajara. Parrodi se tardó ocho días en recorrerla; además, los conservadores tenían que ir organizando su gobierno por donde pasaban y procurar no dejar enemigos atrás, siendo esa la circunstancia de que caminarán más despacio y no procuraran alcanzar al General de la coalición y acabar de desbaratar

sus fuerzas ántes de que pudiera llegar á la capital de Jalisco.

Volviendo á los convenios que se pactaban, el Sr. Vigil asienta que uno de los puntos que se discutían era, la «entrega de una fuerte cantidad á Landa para salir de Guadalajara con sus tropas,» y agrega que «el jefe de los pronunciados pedía una cantidad exorbitante, y Prieto hacía presente la suma escasez del erario, que no contaba con un peso, pues para cumplir por su parte con aquella condición, estaba haciendo esfuerzos á fin de conseguir en calidad de préstamo amistoso, unos seis ú ocho mil pesos de la casa de Don Guillermo Augspurg, que como vice-Cónsul francés, había dado algunos pasos para que los partidos beligerantes admitiesen el convenio. Parece que ya á punto de firmarlo, Landa se había arrepentido por algún motivo de amor propio, de que procuraron sacar partido los reaccionarios exaltados, quienes se forjaron la ilusión de que ya no podían sacrificar al presidente, al menos lo llevarían preso de Guadalajara, para entregarlo al ejército *restaurador de las garantías*.»

La aseveración nos parece infundada, pues no hay constancia alguna de que Landa recibiese dinero por poner en libertad á Juárez, y el documento más insignificante que hubiera á ese respecto habría sido publicado alguna vez, como lo fueron los referentes al dinero que recibió el mismo jefe para pagar sus tropas durante los días del pronunciamiento. Lo que Landa pidió y recibió únicamente, y aun eso, á duras penas, fueron

los trasportes necesarios para salir de la ciudad. La demora que hubo en la firma del convenio, provino de que como ya Landa se había puesto á las órdenes del jefe conservador más inmediato, que lo era Miramón, esperaba órdenes de éste para obrar y quería que su pronunciamiento diera todo el resultado que se había propuesto, acabando de una vez con el simulacro de gobierno constitucionalista con lo que la revolución hubiera recibido un golpe mortal, como lo recibió la coalición en Salamanca. Pero la lentitud de la marcha de Miramón, detenido al fin por orden de Osollo en Lagos, hizo que Landa entrara en arreglos para salir de cualquier modo de la situación en que se encontraba y diese libertad á los presos, con lo que devolvió á la revolución su aliento y su pretexto, y evitó que el país hubiera quedado pacificado en poco tiempo.

No se explica verdaderamente, de un modo satisfactorio, la lentitud de Osollo ni la orden que dió á Miramón de que se detuviese en Lagos, cuando si hubiera mostrado una poca de diligencia habría podido apoderarse de las personas de Juárez y sus ministros y evitar con esto una guerra larga y sangrienta como fué la de tres años. El ejército derrotado de Parrodi no podía inspirar temores al joven general conservador, así como tampoco la guarnición liberal que había en Guadalajara.

Sólo se explica esa actitud indiferente de Osollo en ayuda á Landa diciendo que nunca pudo

creer que Don Benito Juárez llevase su tenacidad ó su constancia al grado que la llevó.

En los primeros días de esa guerra los conservadores no dieron importancia alguna á Juárez y no se ocuparon de él para nada, si es que pudo salir de México, como los que después fueron sus ministros con facilidad, pues los tacubayistas creyeron que teniendo la capital tenían todo el país; pudo pasar por entre los soldados de Mejía, y era á tal punto desconocida su personalidad, como ya hemos dicho que cuando llegó á Guanajuato y con la ayuda de Doblado, trató de organizar su gobierno, una persona de aquella ciudad escribía á otra de México: «Ha llegado á ésta un indio llamado Juárez, que se dice Presidente de la República.»

Osollo participó de la común opinión de los conservadores; creyó que con la toma de México y la fuga de Comonfort que era el presidente, con la batalla de Salamanca, la disolución de la coalición y la sumisión de Doblado estaba terminada la cuestión política y no quedaba enemigo formal alguno, ni autoridad que se opusiera á la revolución. Acostumbrado á ver que cuando un presidente de la República era derrocado por la revolución no se empeñaba en sostenerse en el poder, sino que se iba al extranjero ó se sometía mientras de que encontraba oportunidad para rebelarse á su vez, creyó que en 1858 pasaría lo mismo y nunca se figuró que el poder que había dejado Comonfort, militar y hombre de prestigio, lo recogiese y quisiera conservar un abogado al

que sus enemigos no daban importancia y al que iban abandonando sus partidarios y cuyos ejércitos menguaban rápidamente, ya fuese por las derrotas que sufrían, ya por la deserción considerable que había en sus filas.

Si hubiera podido comprender todo lo que iba á suceder en el país, y hubiera conocido mejor á Juárez, no habría obrado con esa lentitud, sin embargo, en las condiciones en que se encontraba, debía haber comprendido que si quería que la revolución hecha en la Acordada y en las calles de México se arraigase en el país y llegase á ser un gobierno, tenía obligación de combatir al gobierno de Juárez hasta acabar con él y aprovechar la oportunidad que para ello le ofreció Landa con su defección y con el arresto que había hecho de las personas del vice-presidente de la República y de sus ministros en Guadalajara.

No lo hizo así y su falta de previsión contribuyó á prolongar la guerra, pues aun cuando el viaje al extranjero de Juárez, hizo que este rompiera sus títulos de legitimidad (1), su pronta llegada á Veracruz, y el apoyo que le prestó Gutiérrez Zamora hizo que pasara casi desapercibido ese viaje y que no se le diera ninguna importancia en el campo constitucionalista

Más dejémosnos de digresiones y volvamos á nuestro relato.

(1) ESTUDIOS HISTÓRICOS Tomo 1º, pág. 73 y sig.

VI.

Por fin, á las dos de la tarde del día 15 quedó aprobado y ratificado el convenio siguiente:

«Considerando que el estado que guardan las fuerzas beligerantes no ha de producir más que peligros á esta numerosa población, comprometiéndola la vida de sus habitantes y los intereses nacionales y extranjeros, sin decidir la cuestión política pendiente en la República y cediendo ambas fuerzas á lo que manda la humanidad, la civilización y el derecho de gentes, representado por personas de toda clase de opiniones, han convenido en los puntos siguientes:

«1.º Las fuerzas que ocupan el palacio se situarán fuera de la capital á un radio que no sea menos de diez leguas, donde les convenga, y saldrán en el perentorio término que corra desde la firma de estos convenios, hasta las tres de la tarde del día martes, diez y seis del presente mes. Llevarán consigo su armamento, el parque que poseen y dos piezas de artillería á su elección; entregando á la órden del Exmo. Sr. Gobernador del Estado los fusiles y demás piezas de artillería con los útiles que tengan.

«2.º El Exmo. señor Gobernador del Estado facilitará seis carros de la policía y ocho mulas de tiro guarnecidas; comprometiéndose los jefes de estas fuerzas á dejar los carros de la policía á disposición de las autoridades del Estado en los lugares en que los vayan desocupando. Ministra-

rá, además, diez mulas de carga, cuyos fletes serán pagados por los jefes de estas mismas fuerzas.

«3º. Quedan bajo el cuidado del Gobernador del Estado y en plena libertad, los heridos; y las personas que con pasaporte del jefe de las fuerzas que evacúan la plaza, dado dicho pasaporte dentro de las horas que corren hasta las tres de la tarde citada, no podrán ser detenidas en la ciudad si quieren salir de ella, ni perjudicadas, si prefieren quedarse; entendiéndose exceptuados los criminales prófugos de la cárcel. Así mismo quedan garantizadas todas las fuerzas que directa ó indirectamente hayan prestado cooperación á la causa que defienden las fuerzas que salen de la plaza, por lo que haya ocurrido hasta aquí.

«4º. Las fuerzas que existen hoy á las órdenes del Excmo. señor Gobernador del Estado, no se moverán de los puntos que actualmente ocupan; sino hasta que las que salen hayan evacuado del todo la ciudad.

«5º. Como garantía solemne del cumplimiento de este convenio, el Excmo. señor Presidente de la República y sus ministros, así como el General Núñez, pasarán á la casa del Cónsul francés, como á territorio neutral, y allí se conservarán, bajo palabra de honor, hasta la conclusión de estos tratados, quedando libres de una y otra parte todos los detenidos por motivo político.

«Hecho y firmado por duplicado en Guadalajara, á quince de Marzo de mil ochocientos cincuenta y ocho.— Como comisionados por el supre-

mo gobierno del Estado.— *Antonio Alvarez.— José González Castro.*— Como comisionados de las fuerzas que ocupan el Palacio.— *Pantaleón Morett.*— Ratificamos este convenio.— *Jesús Camarena*, Gobernador del Estado.— *Juan Bautista Díaz*, General en Jefe. Ratifico este convenio.— *Antonio Landa* »

Como se ve, ese convenio lleno de disparates y cuyo pretensioso prefacio es otro disparate, indica claramente la impotencia en que se encontraba cada beligerante para sobreponerse al otro; ese documento á juzgar por el cuidado que se tuvo en omitir cualquiera denominación á Landa y á su trozo y por los varios *Excelentísimos* que tiene, parece obra de alguno de los comisionados de Camarena, Alvarez ó González Castro, que serían muy hábiles soldados, pero poco prácticos en redactar documentos; otro tanto puede decirse de los señores Camarena y Landa que lo ratificaron sin siquiera procurar corregir el estilo. El que tiene reheres tan importantes como los que tenía Landa no es un vencido, ó próximo á serlo, al que se otorgue la gracia de salir con armas, municiones y artillería, sino un jefe que se encuentra en aptitud de imponer condiciones á sus adversarios, como en efecto las impuso Landa.

Aquí es oportuno hablar de la versión que dice que Landa pidió dinero por dejar en libertad á sus prisioneros: en las circunstancias difíciles en que se encontraban, lo más probable es que ellos mismos procurasen comprar su libertad ofre-

ciendo dinero á Landa. Que este vaciló al principio y luego se negó á recibirlo, parecen comprobarlo las palabras del señor Vigil citadas en el capítulo anterior, pues si hubiese convenido en recibir dinero y lo hubiera recibido, á última hora no habría manifestado arrepentimiento en el momento de firmar el convenio.

Este fué cumplido exactamente por Landa, no así por parte del gobierno de Jalisco que no proporcionó con la oportunidad acordada los transportes que necesitaba aquél. En la noche del mismo día 15 pasaron á la casa del cónsul francés los Sres Juárez, Ocampo, Manuel Ruiz, León Guzmán y Guillermo Prieto, así como el General Núñez. Las demás personas detenidas quedaron también en absoluta libertad: la traslación de Juárez y sus ministros, no obstante que se verificó por la noche, se hizo no sin peligro, según asienta el señor Zerecero debido á la actitud del pueblo que no simpatizaba mucho con los constitucionalistas.

El día 16 en la mañana llegó el General Juan N. Rocha, uno de los derrotados de Salamanca, quien pretendió convencer á los soldados del 5º Regimiento para que abandonasen á Landa; al efecto, se situó en la esquina de una de las calles inmediatas á Palacio y desde allí arengó á sus antiguos subordinados; pero sólo un oficial se unió á Rocha; la tropa acaso ni escuchó las exhortaciones del general.

Ese mismo día, Juárez expidió un manifiesto dando á conocer el convenio celebrado con Landa y la

conducta que se proponía seguir; llamaba desbandamiento á la derrota de Salamanca y no decía, como los escritores liberales han querido hacerlo creer, que su vida y las de sus acompañantes corrieran inminente peligro.

He aquí algunos párrafos de ese manifiesto:

"Por falta de constancias oficiales, no habíamos podido dar conocimiento al público de la situación que nos había creado el desbandamiento de las fuerzas que en los campos de Salamanca sostenían la Constitución y el orden legal. Pocas horas después de recibida una comunicación del Sr. Degollado, única que de un modo auténtico, aunque en muy sencillos términos, nos había referido el suceso, nos reuníamos á leer una circular que había escrito el Ministro de la Guerra, mientras se formulaba un manifiesto. Acabábamos de leer aquello, cuando una de esas aberraciones, tan comunes, por desgracia, en la historia de nuestras revueltas, nos impidió todo trabajo.

«La guardia de Palacio, dirigida por sugerencias de los Sres. Landa y Morett, quienes á su turno, según se dice, eran impulsados por personas de mucho influjo en esta ciudad, se echó sobre nosotros en el momento mismo de relevarse, poniéndonos inmediatamente presos con dos centinelas de vista. Fué, pues, imposible hacer manifiesto ninguno. Hemos permanecido presos tres días, en el último de los cuales, la noche del 15, nos trasladaron á la casa del señor Cónsul francés,

en donde permanecemos, conforme á los convenios que al calce publicamos.»

En un documento oficial (se «según se dice» está fuera de su lugar, pues si realmente el *dice-re* era cierto, no debía haberse puesto esa frase sino afirmar la complicidad de esas personas de influjo de una manera cierta, y si no era cierto, omitir esas palabras, que aunque de modo vago inodaban en general á todos aquellos que en Guadalajara no profesaban las ideas liberales que entre las clases alta y media y aun baja, no eran pocos. Pero ese *se dice*, así como el silencio de los historiadores liberales sobre la complicidad de otras personas en el pronunciamiento de Landa (1) es la mejor prueba de que en ese acto no tomaron parte activa más personas que Landa, Morett y unos cuantos individuos más de la clase militar y si acaso uno que otro paisano.

“Este incidente, continúa diciendo el manifiesto, que ha dado á conocer el entusiasmo y denodado espíritu del pueblo de Guadalajara, ha avivado nuestra fé, viendo la espontaneidad con que ha ocurrido la parte de la población más distin-

(1) El Sr. Pérez Verdía dice que según manifestó Landa á Ortigosa, el día 14 ó 15 no tenía el jefe pronunciado dinero para pagar su tropa; y que le habían entregado antes por conducto de los Sres. Lics. Mancilla, la Hoz y Peón Valdés tres mil pesos, los recibos de los cuales presentó algún tiempo después el Carmelita Fray Joaquín de San Alberto al general Casanova. Esos recibos constan en el BOLETÍN DEL EJÉRCITO FEDERAL de Noviembre de 1858. El mismo escritor agrega: “Si Landa recibió otras cantidades antes ó después de su defección, aun está por averiguar.”

guida por sus luces y patriotismo, á sostener la causa de la libertad y del orden en la ley

“Es, por lo mismo, nuestro primer sentimiento, y será también nuestro primer desahogo, dar cordiales gracias á tan benemérita población, no tanto por su ilustrado celo y su singular valor bélico porque, aunque bien las merece, esas brillantes cualidades le son ya reconocidas como habituales, sino porque ha sabido contenerse. Más que combatir, cuesta, en efecto, trabajo s focar la justa indignación que causó la perfidia de aquellos á cuya guardia estábamos encomendados: cuesta trabajo no dar sobre el enemigo aleve, cuando se vé uno más fuerte, cuando está seguro de aniquilarlo; cuesta trabajo no castigar la rebelión vencida y posponer la noble pasión de la justicia á consideraciones de interés político; sin embargo, esta generosa población lo ha hecho. Sabiendo que se hallaba comprometida la existencia del presidente legítimo, y temiendo ver rota la bandera constitucional identificada con su persona, ha hecho callar todas las pasiones; se ha sobrepuerto heroicamente á todos sus instintos, ha refrenado su volcánico entusiasmo, ante la idea fecunda de conservar al representante de la Unión Nacional. Sean, pues rendidas mil gracias por nosotros, como se las damos muy cordial y respetuosamente, y concedidas por la posteridad incensantes bendiciones á la magnánima y pensadora población de Cuadalajara, y á las muy dig-

nas autoridades que por fortuna rigen sus destinos.»

Además de que este párrafo no se distingue por su buena construcción gramatical ni por la sobriedad en los ripios, puede creerse que está escrito en estilo irónico en vista de los sucesos. En efecto, con excepción de los guardias nacionales que en cumplimiento de su deber se presentaron á sus jefes en San Agustín y San Francisco, la población permaneció indiferente á los sucesos y más bien se mostró hostil á los liberales, los historiadores de los cuales, afirman que la traslación de Juárez y sus ministros, del palacio á la casa del cónsul francés, se hizo *no sin peligro*, y este peligro no provino ciertamente de los soldados de Landa, que por razón de su próxima partida estaban acuartelados, sino de los habitantes de la ciudad, ó de la plebe, como despreciativamente dice el señor Vigil. Si los guadalajarenses hubieran tenido empeño en *castigar la rebelión vencida*, como dice el manifiesto, tiempo hubieran tenido de hacerlo durante toda la noche del día 15 y todo el 16 en que Landa permaneció aún en la ciudad sin tener ya en su poder á ninguno de los prisioneros: cuatrocientos hombres que tenía á sus órdenes el coronel conservador, nada eran ante una población de sesenta á setenta mil habitantes; pero no obstante, ese pequeño número salió de la ciudad sin ser molestado por nadie, y hasta entónces respiraron libremente los que temían que Landa impidiera que se fortificara la

población. Así, pues, si el párrafo transcrito del manifiesto no era una ironía, estaba cuando me- á mucha distancia de la verdad.

En lo tocante al peligro en que estuvieron los presos de ser fusilados, no dice como se vé, ni una sola palabra; si ese peligro hubiera sido tan inminente como lo pintan Prieto y los escritores que lo han seguido, algo hubiera dicho el manifiesto cuando dice que Juárez y sus ministros estuvieron presos dos días con dos centinelas de vista.

El manifiesto, que parece obra de D. Melchor Ocampo, terminaba haciendo un llamamiento á la Nación para que defendiese los principios liberales, y está firmado por los señores Juárez, Ocampo, Ruiz (Manuel), Guzmán (León) y Prieto.

VII

La salida de Landa con sus fuerzas, verificada en la tarde del día 16, así como la llegada, ese mismo día, á Tepatlán de los restos del cuerpo de lanceros, mandado por el Coronel D. Emilio Rey, acabó de tranquilizar á los liberales de Guadalupe que temían que los conservadores no evacuasen la población, «impidiendo de ese modo fortificar la ciudad en que tan mal fundadas esperanzas se cifaban. Ignorábase todavía el estado de desaliento en que había caído la brigada del General Parrodi, *única que, diezmada, volvía de Salamanca*,» dice el señor Vigil. En efecto, á